

el amor puede captarlas y ser justo con ellas». Le habla, en cambio, de otra obra que él, no ya como poeta, sino como hombre, como todos los hombres, está llamado a crear y llevar a la plenitud: su propia vida.

El artista realiza la obra de arte con los materiales de su vida. Pero a su vez el esfuerzo creador, cuando responde a una modalidad substancial, se convierte en el principal material de la vida del artista, en el único medio que tiene a su alcance para fecundarla.

El artista describe una doble trayectoria. Extraña su espíritu y lo desplaza hacia un plano irreal para construirse en el plano humano, en la realidad. Entonces el hombre que hay en él, gracias a esta forma de expresión propia, insustituible, gesta la obra de arte que adquiere una vida independiente y se separa de su creador como una fruta madura del gajo.

Pocos hombres son susceptibles de esta recíproca creación. Pero todo hombre es susceptible de creación espiritual en el plano esencialmente humano. Puede ser el artesano de su vida y llevarla a la plenitud, si obedece de una manera humilde, paciente y dolorosa, a la ley auténtica de su temperamento.

«Ya venga de la carne o del espíritu —dice Rilke—, la fecundidad es ‘una’: porque la obra del espíritu procede de la obra de la carne y comparte su naturaleza». Y después: «No se deje engañar por las apariencias. En lo profundo todo es ley. Y el misterio se pierde para aquellos que se extravían o viven mal este misterio. No por eso dejan de transmitirlo a los demás, como una carta sellada, sin conocer su contenido. Quizá todo se rija por una vasta maternidad».

Rilke preconiza para la vida una estrategia tan penosa y exquisita como la que un Poe o un Valéry consideran que exige la obra de arte. Vivamos con los ojos vueltos hacia adentro, pero infinitamente alertas, si queremos recoger el misterio que los animales y las plantas cumplen sin darse a comprender. El amor es tanto más ferviente cuando el conocimiento es más perfecto.

En estas cartas de Rilke no se tratan cuestiones del oficio. No se discute la «técnica» del verso, la felicidad o infelicidad de una imagen, las aliteraciones casuales o las aposiciones buscadas, el retardo o apresuramiento en la intromisión de un verbo, la elección buena o mala de un adjetivo. Por encima del poeta Rilke hay un ser humano, en el pleno sentido del vocablo, resplandeciente de belleza moral y espiritual. ¡Devenir un ser humano! Propóngase ese objeto, parece decirle al joven poeta. Todo lo demás llegará por añadidura.

Las *Cartas a un joven poeta* tienen un epílogo de Bernard Grasset, apasionado y penetrante como es siempre su comentario a las obras que edita, titulado «Rilke o la vida creadora».

(sin fecha)

## Un veneciano en Inglaterra

En 1763 un extranjero llega a Londres y se apresura a sentar reales en el más aristocrático rincón de la ciudad. En su casa de Pall Mall, que ha alquilado por veinte guineas semanales, todo está resplandeciente de limpieza. Los muebles de Happlewhite, la vieja plata labrada, las alfombras, los espejos, las porcelanas de Chelsea, floreadas de rosa, lo acogen con honorable y benevolente dignidad. Provisto de un negro que habla francés, inglés e italiano, dedícase a observar las costumbres de Gran Bretaña. En la Bolsa –donde sus anchos hombros y su rostro bronceado han llamado la atención– logra hacerse popular y los banqueros judíos y agiotistas holandesas de Lombard Street bien pronto le dispensan su confianza.

Pero no todas son especulaciones bursátiles. Nuestro viajero también posee aficiones literarias y artísticas. A su alrededor se ha forjado una leyenda que lo presenta como hombre erudito, inquieto y profundo, mundano y filósofo a la vez. El Príncipe de Ligne –refiriéndose a él– asómbrase de su suerte, que le permite recorrer el mundo no haciendo nada y gastando sin cesar, encontrando eternamente recursos, amigos, pasaportes, protectores... Afecto al teatro, ha vivido mucho tiempo en Francia y, como todos los hombres cultos de París, experimenta hacia Garrick una entusiasta admiración. Cierta noche, en Drury Lane, la compañía suspende la función anunciada. El público, irascible, mueve un alboroto y los más exaltados destruyen el local. Quince días después, cuando Garrick reaparece en escena, el tenaz auditorio le obliga a solicitar su perdón, prosternado de rodillas sobre las tablas... Nuestro viajero quedará completamente edificado ante la rudeza que son capaces estos «very good natured fellows». «La Inglaterra es un mar riquísimo –dice–, pero lleno de escollos. Los que se aventuran en él deben tomar sus precauciones».

Después del teatro irá a comer a cuanta taberna existe en Londres, de buen y mal tono, para hacerse a las maneras de estos insulares «tan grandes y tan pequeños». En algunas estampas de Hogarth podemos contemplar los prósperos mesones a que hace referencia: jóvenes elegantes beben punch, jugando a los dados, cocheros famélicos devoran sangrientos trozos de «roast-beaf» y damiselas de rostro malicioso y cintura de avispa, tocadas con bonitas cofias de encaje, marchan de un lado para otro con las fuentes, repartiendo viandas y sonrisas a los parroquianos. En segundo término, cerca de las cocinas, descansa la mesonera con un rizado King Charles sobre las faldas. Una luz ámbar envuelve todo el cuadro, prestando a las cosas cierto color dorado, apetecible; el mismo color de las aves que giran resignadas junto al fuego, atravesadas por la varilla implacable del asador... Nuestro viajero es muy aficionado a los

placeres de la mesa. «Antes de darme a la luz, mi madre, que era veneciana, tuvo un fuerte antojo de langostinos. A mí me gustan mucho». Y también le gustan las sopas, hechas de sabrosos mojes, los «maccaroni», los quesos mantecosos, el bacalao de Terranova. Pasando el Canal, los alimentos son demasiado ingenuos y, antes que constituir un placer, tienden a saciar una necesidad ineludible. A decir verdad, no logran satisfacerlo enteramente. «El inglés es un animal carnívoro», apunta en *Las Memorias*. «Su comida, sin sopa y sin postres, se parece al padre Eterno en que no tiene principio ni fin».

A sus aficiones artísticas y gastronómicas añade una pasión indomeñable por el bello sexo. Ama a las mujeres por encima de todo, y como es alto, gallardo y posee los ojos más brillantes que darse pueda, conquista en gran número sus favores. Sabe, con ellas, ser audaz en el momento oportuno. Y también tierno, delicado, benevolente. Además es un filósofo. Desconfía de sí mismo y comprende cuán poco valor representan nuestros méritos en el oleaje incesante, en el absurdo desconcierto de la vida. Para dar mayor fuerza de convicción a sus bellas calidades, a menudo afloja los cordones de su bolsa y derrama por doquier monedas de oro.

¿Necesitamos decir que en Londres contrae las más variadas, las más heterogéneas relaciones? Asiste a comidas, garden-partys, recepciones en la Corte y también frecuenta ciertos tugurios extraños y sórdidos que se alinean, uno tras de otro, protegidos por la niebla, en ambas márgenes del Támesis. Alterna «la bonne compagnie» –tan cara a Lord Chesterfield– con el trato de otra gente menos amable pero más pintoresca: el whist y la Banca del Faraón. «He vivido siempre en el error, no encontrando otro consuelo que el saber dónde me hallaba». Tarifas imponentes, beldades fabulosas de Ranelagh y Vaux-Hall, no consiguen arredrarlo. «La economía que amengua el placer –dice–, jamás ha entrado en mis cálculos». Y pierde locamente en el juego.

Al día siguiente de llegar, en el Café d'Orange, un parroquiano averigua su nombre. Y él contesta, entre dos frases latinas, con voz portadora de latentes aventuras:

–Llamadme el Caballero de Seingalt.



La personalidad de Casanova, sus maneras exuberantes, bajo las cuales ondula un tortuoso espíritu de italiano finisecular adiestrado por la sabiduría, pulido en todas sus aristas por el libertinaje, resalta como una mancha de vivo color en ese medio de tonalidades apagadas, entre ingleses sentimentales e ingenuos en el fondo, puntillosos y correctos, sin embargo, en su exterior. Frente a Casanova, meridional por excelencia,